

Pequeño tratado de nomadología poética

Dionisio CAÑAS

*Necesidad de no controlar la
lengua, de ser un extranjero
en su propia lengua, para
atraer la palabra hacia sí
mismo y “poner en el mundo
algo incomprensible”*

Gilles Deleuze et Félix
Guattari, *Mille plateaux.
Capitalisme et schizophrénie*
2, Les Éditions de
Minuit, Paris, 1980
(p.468).

Siempre me he sentido como un extranjero en mi propia lengua, y también en las otras lenguas que he aprendido a través de los años. Cuando era un niño y mi familia emigró a Francia, me convertí en un extranjero dentro de la lengua francesa, pero también en mi lengua materna, el español, que casi se me olvidó. Después, emigré a Nueva York y me convertí en un extranjero para la lengua

inglesa, pero recuperé, venciendo muchas dificultades, mi lengua materna, el español; aunque por suerte para mí se trataba de un español iberoamericano y no solo el español peninsular que es el que escuchaba en mi casa mientras viví en Francia. Ahora, desde hace unos años, estoy tratando de aprender la lengua árabe y, de nuevo, soy un extranjero en esa lengua que para mí el intentar dominarla lentamente se ha convertido en una aventura apasionante.

Cuando escribo en cualquiera de esas lenguas que conozco me siento como un payaso porque tropiezo siempre y cometo errores (galicismos, anglicismos, dudas ortográficas) y el público se ríe de mi torpeza como en las películas mudas de humor. Pero es precisamente por esa razón que el lenguaje poético es la forma de expresión en la que me siento a gusto, libre. La poesía posee su propio espacio de libertad donde uno se puede equivocar, cometer errores. Yo diría que es conveniente que sea así para poder producir imágenes insólitas que nos permiten descubrir otro tipo de verdad, una verdad que yo llamaría *la verdad poética*, que no es como la verdad científica, ni la verdad rigurosa o filosófica (en el sentido de la filosofía lógica, sistemática, determinista), aunque la escritura filosófica también disfruta de una libertad muy cercana a la libertad poética. Se trata, pues, de una libertad sin control social, sin moralismo, de una libertad salvaje, silenciosa, una libertad nómada.

A veces hay que desviarse para llegar al centro de la verdad poética. Insisto, la libertad poética no es como la verdad verificable de la ciencia, la verdad poética es una verdad nómada, fluida: no tiene una nacionalidad ni una forma específica, y tampoco una lengua única, la verdad poética se puede encontrar en cualquier lugar. ¿Cuál es ese espacio que llamamos “cualquier lugar”? es el espacio de la mentira poética.

La poesía es una mentira en la que descubrimos la verdad de la vida. Vivir la mentira de la poesía es una manera de poder aguantar el absurdo de la realidad, la intransigencia del poder político y económico, de no convertirnos y convertir la escritura en un producto más del mercado; por esta razón pienso que ser un nómada es una hermosa mentira para resistir ante la tentación del suicidio real o poético, porque tenemos que estar constantemente en movimiento, ya sea real o imaginativamente.

Cuando viajamos lo hacemos hacia un punto específico en el espacio y en un tiempo limitado, pero si tenemos un espíritu nómada no nos imponemos necesariamente un lugar de llegada ni la duración de nuestro viaje poético. El origen de un poema puede ser una palabra que escuchamos por azar. La primera vez que yo escuché la expresión “la piel del humo” fue en un pequeño bar de mi pueblo, Tomelloso,

en La Mancha. No la dijo un poeta, la dijo un campesino, pero para mí fue el inicio de un poema, de un viaje poético que no sabía dónde me iba a llevar.

Cuando di por acabado el poema comprendí que el viaje no se terminaba allí, sino que más bien era el inicio de un viaje hacia un País Invisible, que toda mi vida sería ese viaje hacia un País Invisible el cual no aparecía en ningún mapa, con nombres de ciudades, de carreteras o de países, sino que estaba en mi cabeza, en mi piel, en mi sangre que se derramaba sobre una página en blanco cada vez que escribía un poema. De esta manera, el viaje poético es siempre una aventura que me puede conducir a lugares desconocidos en el oscuro universo de mi cerebro y en el de la condición humana en general. Al escribir me adentro en un territorio salvaje del cual nunca sé cuándo ni cómo saldré.

Dionisio Cañas
Tomelloso, La Mancha, 2017